

CAPÍTULO 18.

TOMÁS PRACTICA EN EL INSECTO EXPERIMENTOS PARA HUMANOS SOBRE EL CONTAGIO PSICO-FÍSICO.



A la mañana siguiente apareció Tomás bastante tarde ante su hermana, que ya estaba lista para irse. Cuando ésta lo vio, lanzó a un lado la carta de su hija, que acababa de leer, y corrió hacia él: -Pareces bastante trasnochado- lo hostigó.

Él asintió amablemente, luego señaló la carta y dijo: -No te preocupes. Claro que no me gusta esperar, pero en mi situación más vale ejercitar la resignación.

Ágata no quería saber nada de eso. Ardía en ansias de ir hacia Lachmann, así que con estas palabras: -Ya sé lo que dice la carta- jaló al hermano tras ella.

Por el camino Tomás iba lacónico y sólo daba medias respuestas. Una vez, solamente, salió de su distracción y fue para formular la extraña pregunta: -¿Ya se comprometió en matrimonio Albina?

Ágata no se atrevía a expresar su furia. En silencio extendió su sombrilla hacia delante y la abrió. Pero con el precipitado tirón que le dio expresó su indignación. Tomás se ríe. -¡Contesta, pues! ¿Para qué haces tanto escándalo con tus plumas?

El movimiento con el que Ágata se puso la sombrilla al hombro le hubiera hecho honor a un cabo. Además, con la punta se ladeó el sagrado sombrero. Ágata tenía un aire de peligrosidad mientras marchaba con sus labios apretados y la miraba rígida.

-La pregunta es impertinente -dijo-. Mi hija es aún una niña.

-Lo bastante mayor como para tener su propio hijo y lo bastante infantil como para darle todavía a la educación de un hombre la perspectiva del éxito. Si se consigue un hombre y éste no sirve para nada más que para hacerle un hijo, entonces ella va a aprender. Tu amigo Breitsprecher acostumbra decir: el oficio de la mujer es...

-...ser madre. No tienes que citar al pastor. Tú no entiendes nada con tus opiniones de soltero. Albina está muy joven -al decir esto, abrió la puerta de casa de Lachmann, a donde habían llegado, y se apresuró a entrar hasta el corredor con el sombrero ladeado y la sombrilla abierta como un acorazado que victoriosamente atraca en el muelle. Mientras Tomás iba paso a paso chiflando detrás de ella.

Lachmann, que los esperaba a ambos con su manuscrito en la mano, miró a los dos con asombro.

-Otra vez de pleito, Ágata -dijo y levantó desaprobadoramente los rollos de papel.

La señora Willen no le dio importancia. Aventó sombrero y sombrilla y se precipitó al cuarto. -Esto no puede continuar así. Se comporta groseramente. Usa expresiones, expresiones que sólo pudo haber aprendido en el cabaret.

Tomás ya estaba sentado; y, además, a punto de atarse una servilleta al cuello. Se detuvo a la mitad del movimiento y habló untuosa y lentamente sobre el lienzo blanco extendido. -Es verdad que estuve en un teatro cantante o, como tú dices, en un cabaret. Con todo, ya sabía que hay que hacer al niño para que venga al mundo. Por lo demás, no deseo que andes detrás de mí espiándome.

-No admito tus groseras expresiones -irrumpió Ágata-, lo oyes, no lo permito.

Tomás se sonrió indulgente. -No se te olvide, querida Ágata -dijo él, mientras circunspecto continuaba

con los preparativos del banquete-, que aquí no estás en mi casa y procura moderar tu tono, como es debido a nuestro benévolo anfitrión.

Ágata se puso roja como un tomate y bajó la mirada.

Rápidamente vino en su ayuda Lachmann, que había permanecido con las piernas abiertas y los brazos en la espalda detrás de la prima, deleitándose con el ardor de la dama. -Ve nada más, pícaro, estuviste en el cabaret y no llevaste a tu viejo amigo. Eso no está bien. ¿Había muchachas guapas?

-Más o menos -respondió Tomás malhumorado.

-Por supuesto estuviste en El Águila Imperial con Selma la gorda.

-Selma o Wanda, qué sé yo. El insecto me arrastró hasta allá, el insecto-pintor. Yo lo había alquilado para experimentar en él.

Ágata levantó la cabeza y sollozó. -Podrías dejar la mezcla con veneno, aquí no te pica ninguna chinche.

-También existen las chinches con forma humana -dijo Tomás serio-. Sin embargo, mis experimentos apuntan hacia metas más elevadas -dobló cuidadosamente su servilleta, la puso sobre la mesa y la cubrió con la mano, como si hubiera envuelto allí el tesoro de la sabiduría-. Este Keller-Caprese es una maravilla de la naturaleza. Es bien sabido que las gentes pacíficas se vuelven peleoneras a causa del vino. Mi pintor, con verdadero y admirable autosacrificio y agudeza de pensamiento, ha realizado experimentos al respecto, para saber con qué finura se forma esta reacción. Es capaz de seguir cada gota de vino que se toma en su trayectoria por el cuerpo y puede indicar en qué parte del organismo va a entrar.

-El tipo está siempre ahogado en alcohol -prorrumpió Lachmann-. Sólo es notable mintiendo.

-Yo ya sé que este hombre miente -continuó Tomás, sin inmutarse-. En esto, sin embargo, dijo la verdad. Sacrifiqué una moneda de veinte marcos a la ciencia y debo decir que los hechos me convencieron. Keller-Caprese me informaba, correctamente, en qué parte del cuerpo iba a hacer su efecto cada vaso de vino que bebía. Primero se iba a afectar el corazón. Yo tomé su pulso y pude constatar la veracidad de su predicción. Ahora sigue la piel del rostro. Cierto, su color se transformó en un café rojizo. Ahora enviaré el vino hacia la lengua; al instante comenzó a balbucir. Esta última palabra me hizo reflexionar. Me dije: cómo es posible que el hombre hable como si pudiera mandar a voluntad los alimentos a las diversas partes del cuerpo. Pensé de inmediato en tí, Lachmann. Porque tú podrás comprender todo lo que es posible organizar en el dominio de la medicina con tal don y, pues se pretende que se logren ciertos efectos con hierbas medicinales para el corazón y con ácido salicílico para los miembros enfermos, me pareció valiosa la cuestión de la investigación. Le pregunté, pues, a mi conejillo sobre tal cosa. Así sin más no resulta, piensa él. Pero si mezcla diversos objetos con el vino, que aumenten sus fuerzas psíquicas en determinadas direcciones, entonces en verdad que sí le resulta bien. Así lo hacía de vez en cuando, si no podía pintar, con dos o tres gotas de aguarrás en un vaso de vino y de inmediato le acometía un irresistible impulso de guiar el pincel. Yo resolví poner a prueba la cosa y le arrojé una moneda de oro en su copa. Al principio y a causa de las malas consecuencias, él no quería verse envuelto en eso, pero se rindió ante mis insistentes súplicas y, en verdad, no acababa de beber cuando intentó coger mi portamonedas, que yo tenía en la mano, y él se lo hubiera embolsado bajo el influjo del vino de oro psíquicamente reforzado, si yo no lo guardo rápidamente en mi bolsa.

Tomás miraba alternadamente a su hermana y a su primo como si esperara descubrir en ellos una expresión de asombro. Ágata sacudía con aire significativo la cabeza, mientras que el largo primo con una expresión muy seria en la cara decía: -Si aún quieres deshacerte de una moneda de oro, no tienes más que repetir el experimento conmigo.

Tomás vio a su amigo con desprecio. -Ya me había imaginado que tú no querrías comprender tal fenómeno. Es evidente que él se apropió la moneda de oro. Pero que intentara coger el portamonedas, no es verdad, eso tú no lo hubieras hecho, eso no lo habría hecho nadie. Y mi hombre-experimento me asegura que se comporta inconscientemente, que el influjo de la mezcla condujo la mano sin su voluntad. Me hizo reproches sobre mi indiscreto experimento, que casi lo convirtió en ladrón -Tomás cruzó las piernas muy satisfecho consigo mismo y, casi acostándose sobre la mesa, apoyaba sus palabras con el índice-. Te das cuenta, muchacho, eso es. Con un vaso de vino y una moneda de oro hacer de un hombre honrado un ladrón,

eso va más allá del estado de sueño en la hipnosis, eso trastorna todo el derecho penal.

Lachmann casi perdió la compostura con esa puntada de loco.

-Un tipo como ése roba hasta sin esa ayuda.

De nuevo, lo alcanzó una mirada desdeñosa de Mundete. -Ya había considerado y ensayado este reproche también. El experimento se intentó de inmediato bajo otra forma. A la señorita Selma yo le pedí...

Ágata, que escuchaba atentamente, dijo: -¿Y quién es ésa? -Ya lo oíste de Lachmann, la gorda de El Ágata Imperial, es una muy agradable muchacha ansiosa por aprender; a quien pienso cuidar.

-¿Hablaste con una mujerzuela de esa clase?

-Todo el tiempo ella estuvo sentada con nosotros, a ratos sobre mis piernas, pero así era muy incómodo. Necesito el trato con damas, pues eleva, me ayuda a profundizar, ennoblece. Pero no me interrumpas -la advertencia fue inútil. Ágata, llena de indignación, se sumió en la silla; había cruzado los brazos tan fuertemente como si quisiera aplastar a la gorda.

-Así que le pedí a Selma, que había visto todo con ojos de inteligencia y comprensión, que imprimiera un beso en el borde de la copa de vino que yo acababa de llenar.

-Y entonces...

-La reacción resultó, por sobre lo esperado, muy fuerte, de manera que la sesión tuvo un final inusitado. Apenas Keller-Caprese se hubo bebido el vino condimentado con el beso, un desvarío báquico se apoderó de él, sus manos y su boca comenzaron a realizar involuntarios movimientos para palpar a la dama; sí, se puso a tentar, pero la señorita Selma, de repente herida en su delicadeza, gritó un poquito, y enseguida aparecieron dos señores bien vestidos, amenazando con sus puños, y nos rogaron amablemente que abandonáramos la sala; como el pintor armaba un gran escándalo, lo echaron fuera.

Lachmann se hizo rosca en su silla, le era difícil contener la risa que lo acometía, mientras Ágata se abanicaba con el pañuelo y con cada movimiento exhalaba mecánicamente un puf.

-Al rato -continuó Tomás- los dos caballeros me ofrecieron su brazo. Aunque yo ya estaba decidido a irme aun sin su invitación, me permití aceptar la honorable compañía.

-Así que de verdad te corrieron -vociferó Lachmann-. Ése sí que es un buen chiste. ¿Y tú qué dices, Ágata, de los frutos de tu educación? -Estaba tan fascinado por la comicidad de la situación que casi olvidó su tarea como médico; y si Mundete no hubiera sacado, en ese instante, el manuscrito que estaba debajo del brazo del primo, en verdad que todo el plan de curación cuidadosamente pensado se habría ido por la borda. Tomás desenrolló el papel y leyó pensativo el título: -Discurso del Dr. Sabelotodo sobre el aprovechamiento de la enfermedad -su rostro se puso circunspecto y, cuando Lachmann le arrebató el escrito, se quedó durante un buen rato inmóvil, sentado.

Mientras tanto, el primo había ordenado sus pensamientos. No le quedaba más que dejar actuar al título y así dijo, desviado el tema: -De esa manera fue, pues, como te deshiciste de tu conejillo de indias.

-No -se repuso Tomás-, aún no. El asunto traía cola. Ya te dije que la reacción resultó más fuerte de lo esperado. Lentamente iba yo atravesando la calle, cuando vi a mi pintor de nuevo yéndose a las manos con dos especímenes femeninos, a los que lo atraía su encanto y la delicia del vino psíquicamente reforzado. Me adelanté y le di al infeliz tipo, primero, un par de cachetadas y, luego, una indemnización, pues yo era el culpable de sus indecorosas manipulaciones, además le aconseje que se largara de allí. Me volteé hacia la dama y reconocí a -la otra dama era una sirvienta- Cata Ende, la hermana de nuestro vicario.

Al oír el nombre Ende, Ágata dio un respingo. Le ocurrió algo extraño. Ella que no era dada a las visiones, vio de pronto en la clara luz del día ante sus ojos el emparrado y allí a Albina, pero no sola. Le costaba trabajo reconocer al hombre que estaba con ella. Al momento siguiente se disipó la visión y contempló a su chiflado hermano. En el serio gesto con que se dirigió hacia ella, ésta creyó leer estas palabras: -Sí señora, lo que viste es cierto -y ella se apresuró a preguntar: ¿Con quién se comprometió Albina?

Tomás no prestó atención a la pregunta. -Acompañé a la buena muchacha, que regresaba de una fiesta, a su casa y platicamos de lo lindo. Ella me comentó sus opiniones sobre los problemas de la mujer, lo que me dio la ansiada oportunidad de comparar los puntos de vista de dos mujeres solteras, los de Selma y los

de Cata. Ambas concluyen que los hombres son los culpables de todas las desgracias, porque no entienden bien lo que es amar. Pero ambas damas comprenden el concepto amor de muy diversa manera –Tomás se río ufano-. Por cierto, hoy voy a averiguar cuál es la postura de la masa frente al problema. La pequeña Ende es la secretaria de la Unión Local para la Educación y el Estudio de las Mujeres y, como tal, tiene que mostrar, de vez en cuando, el valor de andar hasta altas horas de la noche en la calle. Ella me invitó a una asamblea. Una tal señorita doctora Batalla hablará sobre el fomento de la moralidad, y pienso que nosotros tres vamos a ir. Por lo que pude entender, esta Batalla describirá las consecuencias del contagio sexual, y allí me siento llamado yo, con mis experiencias trascendentales, a decir algo.

Volver a publicaciones de Georg Groddeck